

Dipsómanos célebres

M. SÁNDEZ

Algunos de los míticos-clásicos sobre el tema de la escritura lograda a partir del abuso del alcohol son *Bajo el volcán* de Malcolm Lowry; *Confesiones de un borracho*, del ensayista británico Charles Lamb; *La leyenda del santo bebedor*, de Joseph Roth; *The Crack-up*, de Scott Fitzgerald; *Recuperación*, de John Berryman; *Días sin huella*, de Charles Jackson, llevada al cine por Billy Wilder. En *Mientras escribo*, Stephen King admite que no recordaba cómo había escrito *Cujo*, la historia del perro asesino, concebida en estado de embriaguez.

Algunos cuentos extraordinarios son *El nadador*, de Cheever, con su inicio «Era uno de esos domingos de mitad de verano en que todo el mundo repite: «Anoche he bebido demasiado». O los de Carson McCullers, *Dilema doméstico*, donde un hombre encuentra a diario a su mujer en un estado de ebriedad peligrosa para los hijos, y *El instante de la hora siguiente*, con una pareja después de una noche de excesos.

Algunos lectores podrán enunciar de memoria la lista de dipsómanos norteamericanos que más han trascendido. Detrás de Edgar A. Poe, le siguen Jack London, Herman Melville, Dashiell Hammet, Eugene O'Neill, Sinclair Lewis, William Faulkner, Dorothy Parker, Djuna Barnes, Thomas Wolfe, Scott Fitzgerald, Zelda Sayre, Ernest Hemingway, John Steinbeck, Evelyn Waugh, John Fante, Tennessee Williams, William Burroughs, Saul Bellow, Carson McCullers, Charles Bukowski, Jack Kerouac, Truman Capote, Patricia Highsmith, Anne Sexton, Sylvia Plath, Lucia Berlin, Raymond Carver, Stephen King, entre otros.

Muchos de ellos pertenecieron a lo que Gertrude Stein bautizó como *Generación Perdida*, término que se popularizó a partir de la publicación de *París era una fiesta*, de Hemingway, y que incluyó a autores jóvenes alrededor de la Primera Guerra Mundial y los célebres años 20 (*Roaring Twenties*) en Estados Unidos.

En sintonía, suenan nombres de otras latitudes, como en Gran Bretaña: Jean Rhys, James Joyce, George Orwell, Dylan Thomas, Kingsley Amis, entre otros que van desde los poetas románticos ingleses a los malditos franceses, admiradores de Poe, con Baudelaire a la cabeza, además de Alexandre Dumas, Samuel Beckett, Verlaine, Rimbaud. Igual que Dostoievski, Chejov, Pessoa.

«Me gustan los venenos más lentos, las bebidas más amargas, las drogas más potentes, las ideas más insanas, los pensamientos más complejos, los sentimientos más fuertes», escribió la brasileña Clarice Lispector, quien también bebía y fumaba con fruición. En la región hispanoparlante no faltaron los que escribían con una mano mientras bebían con la otra: Quevedo, Lope de Vega, Juan Carlos Onetti, Juan Rulfo, Alfredo Bryce Etchénique, Pablo Neruda, Mariano de Cavia, Juan Benet.

En su desasosegante texto *El alcohol*, incluido en *La vida material* (1987), Marguerite Duras desromantiza por completo la idea de que emborracharse pueda ser deseable para nadie: «Vivir con el alcohol es vivir con la muerte al alcance de la mano».

años 60 y 70. En el momento más crítico de adicción llega a expresar: «El alcohol es una patria. El alcohol es un Dios». Ganador del premio de la Crítica 2016 y destacado, entre otros, por *The New York Times*, el libro de Moreno se ha convertido en un referente para los lectores de habla hispana.

En *Lagunas* (Pepitas de calabaza, 2018), la autora norteamericana Sarah Hepola escribe: «Bebía hasta llegar a un lugar en que me daban igual [mis conflictos personales], pero me despertaba siendo una persona que se preocupaba mucho», como no recordar para nada qué había dicho o hecho la noche anterior. En Estados Unidos es muy habitual beber hasta perder la conciencia y que no te importe nada, explica, pero en su caso la alerta le permitió reaccionar a tiempo para salir del círculo. Bebes por miedo, remordimiento, timidez, bebes para callar la autocrítica despiadada que te va minando, bebes para soltar todos los controles sin darte cuenta de que vas a estrellarte. Es el mensaje.

Algo bastante parecido persigue Leslie Jamison en *La huella de los días* (Anagrama, 2020), donde narra su lucha por salvarse de la bebida, al tiempo que repasa los casos de otros muchos escritores junto a artistas víctimas del drama, como Billie Holiday o Amy Winehouse. Desde la placentera primera sensación de «descontrol» seguida del «apagón» mental, al aterrizaje en el programa de escritura creativa en Iowa, donde grandes escritores se han deshecho bebiendo, y a la reunión de Alcohólicos Anónimos en el sótano de una iglesia, Jamison da cuenta del despeñadero en el que ha ido rodando hasta la recuperación que nunca es definitiva.

En esa misma línea va *La última copa* (Del Asteroide, 2020), del alemán Daniel Schreiber, quien cuenta cómo a la mayoría de sus conocidos, incluso a su médico, les pareció innecesario que dejara de beber, a pesar de que él podía admitirse como alcohólico. El libro es una confesión honesta, cargada de gravedad, sobre todos los mecanismos de autoengaño que nos permiten seguir

bebiendo en una sociedad que lo ha normalizado por completo. Y un registro también sobre las distintas ayudas a las que debió acudir el autor para poder restablecer el dominio sobre sí.

Trampas

Al igual que otros aquí mencionados, el inglés Lawrence Osborne deja entrever que su alcoholismo comenzó como espectador de los mayores, la madre y su familia en este caso, de quien explica: «La persona que bebe está encerrada en sí misma y es incapaz de desenmarañar los hilos que se han cerrado a su alrededor». Especializado en escritura sobre viajes y alcohol, en *Beber o no beber* (Gatopardo, 2020), refleja un espíritu trashumante en la crónica de sus itinerarios por diversas ciudades detrás de cualquier trago a su alcance pero también buscando retratar las distintas costumbres sociales y religiosas alrededor de la bebida en oriente como en occidente. Entre hoteles y paisajes, aprovecha para alertar sobre las trampas del alcohol como estimulante y los efectos nocivos de la adicción.

Escrito en modo autoficción, *Doce pasos hacia mí* (Vinilo, 2022), de la argentina Sofía Balbuena, también invitada al programa de escritura de Iowa, intercala la experiencia personal de la iniciación en el alcohol con otras referencias literarias: Laing, Jamison y Moreno.

En *Metafísica del aperitivo* (Periférica, 2022), el escritor francés Stéphan Lévy Kuentz se pregunta «¿Será el alcohol la tinta de la oralidad?», luego de repasar las bebidas favoritas de artistas célebres. «El aperitivo es un centro de gravedad apátrida hecho para alejar las consignas castradoras. Es ese purgatorio entre el día y la noche, la noche y la muerte, un embrollo cerebral en el que nada existe con plenitud... Un combate a cámara lenta entre uno mismo y su imagen ideal». Escrito con una pluma poética cautivante, nos traslada a esa hora del atardecer —la que compara con el purgatorio— cuando el sol se pone y la conciencia se diluye en la peligrosa soledad de la bebida. Magnífica traucción.

dos con el Nobel tuvieron problemas con el alcohol o lo utilizaron como fuente de inspiración». Según Barreiro, entre los artistas, los escritores son los que sufren con más frecuencia depresiones y neurosis, por lo que el alcoholismo tiene una incidencia tres veces mayor que entre pintores y músicos.

Autodestrucción

Tanto Rosa Montero en su último libro, *El peligro de estar cuerda* (Seix Barral, 2022), como Toni Montesiños en *La letra herida: autores suicidas, toxicómanos y dementes* (Berenice, 2022), coinciden con Barreiro y acopian un listado de dipsómanos célebres que se autodestruyeron lentamente, cuando no acabaron en el suicidio.

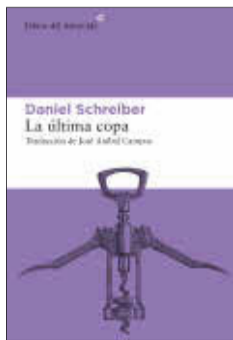
Otra (Tránsito, 2022), la última novela de la española Natalia Carrero, es un libro de engañosa brevedad. Debajo de un estilo en apariencia sencillo y escenas cotidianas, se rescatan no solo varios niveles de reflexión sino también una acupuntura poética llena de imágenes: «El ojo queda leyendo el silencio», «Las voces tenemos muchos puntos de vista», «Salí a la calle con el corazón crecido, la ampliación de su latido se oía desde mí». Las memorias de esta borracha ficticia se leen como si se recogieran añicos de vidrio esparcidos por el piso, los de una copa rota: con cuidado, contiene frases filosas y un humor bien cortante.

En los últimos años se han publicado nuevos títulos narrados desde la experiencia personal sobre la problemática de la adicción —algunos traducidos— en lengua española.

«No separaba la sed de las ganas de aturdirse. En todo caso, mi padre bebía para liquidarse, como yo», testifica la periodista y escritora argentina María Moreno en *Black-out* (PRH, 2017). «Bebo en exceso porque bebo con la boca de mi padre». Con pulso vibrante, encarna la crónica de un deslizamiento angustiante hacia la oscuridad total. Empieza en la infancia hasta tocar fondo en la madurez: en medio, circula la bohemia de los escenarios y actores culturales de Buenos Aires en los



La huella de los días
Leslie Jamison
Anagrama
632 páginas.
24,90 euros



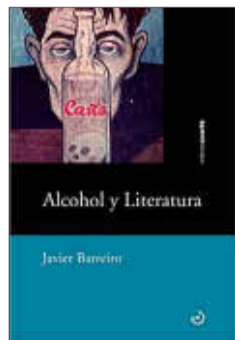
La última copa
Daniel Schreiber
Libros del Asteroide
192 páginas.
17,95 euros



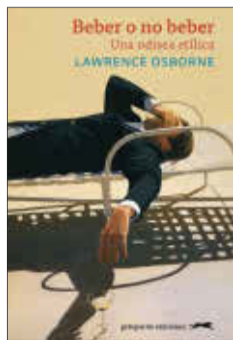
Otra
Natalia Carrero
Tránsito
132 páginas.
16,90 euros



Metafísica del aperitivo
Stéphan Lévy-Kuentz
Periférica
136 páginas. 10 euros



Alcohol y literatura
Javier Barreiro
Menoscuarto
280 páginas.
17,90 euros



Beber o no beber
Lawrence Osborne
Gatopardo Ediciones
232 páginas.
19,95 euros

R

REPORTAJE